

Un concepto de opinión pública vigente desde hace setenta años

Federico Prieto Celi

Sor Pascualina –en el mundo, Josefina Lehnert– era una religiosa alemana que dirigía la administración doméstica de la casa pontificia de Pío XII. El Papa, que era muy cuidadoso con sus escritos, los revisaba inclusive después de pronunciarlos, dejándolos expeditos para la historia. Sin embargo, aquellos escritos que no revisó a posteriori por falta de tiempo, pensó que debían destruirse, por si no estuvieran totalmente conformes a la dignidad papal y al magisterio pontificio. En consecuencia, dijo a sor Pascualina que debía destruirlos a su muerte, tarea que en efecto cumplió a rajatabla la religiosa, privándonos de valiosos pensamientos del Príncipe Pacelli, uno de los mejores obispos de Roma del siglo XX.

Pío XII había escrito un discurso dirigido a los participantes en el I Congreso Internacional de Prensa Católica, que debía pronunciar el 17 de febrero de 1950 en Roma. No pudo ser pronunciado personalmente por el Papa a causa de una enfermedad, pero el texto original francés fue publicado en *L'Osservatore Romano* y en latín en la publicación oficial de la Santa Sede (Pío XII, 1950), con el título mantenido en francés *L'Importance*, y el subtítulo '*discurso sobre la prensa católica y la opinión pública*'.¹

Es una suerte que este discurso haya llegado hasta nosotros, porque la definición de opinión pública que expresa el pontífice llamó mucho la atención a mediados del siglo XX, un siglo lleno de violencia, por las dos guerras mundiales y múltiples guerras parciales y civiles, como la española, que llenaron de sangre el horizonte. Los totalitarismos nacionalsocialista (nazi) y comunista (marxista) oprimieron además a millones de habitantes de la tierra de diversas naciones.

¹ Los dos tomos de la *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, editados por la Acción Católica Española, en castellano, 7.^a ed., Madrid, 1967, van desde la *Miravi Vos* de Gregorio XVI (1832) hasta la *Sacerdotalis Caelibatus* de Pablo VI (1967), pero no incluyen *L'Importance*, '*discurso sobre la prensa católica y la opinión pública*' de Pío XII (1950).

Era presidente de Italia (primer jefe de estado después de la monarquía) Luigi Einaudi (1948-1955), del partido liberal italiano, y primer ministro Alcide De Gasperi (23 de mayo de 1948 al 27 de junio de 1950) del partido demócrata cristiano, al que le seguiría por décadas el dominio parlamentario y gubernativo de dicho partido. Los acuerdos entre los Aliados y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas habían entregado al férreo dominio comunista de José Stalin, que moriría de derrame cerebral el 5 de marzo de 1953, la mitad del este de Europa; mientras que la otra mitad, la oeste, comenzaba a ser parte de la influencia creciente de los Estados Unidos, cuyo presidente era entonces el demócrata Harry Truman (1945-1953), a quien le sucedió el presidente republicano Dwight D. Eisenhower (1953-1961).

En ese horizonte, Pío XII justifica la ruptura de su propósito de reducir el número de sus discursos de índole no propiamente religiosa en 1950, por ser Año Santo, lo cual indica que da gran atención al tema de la opinión pública, que sufría entonces la evidente influencia de las ideologías de la época:

1. La importancia de la prensa católica, que representáis, amadísimos hijos, en este Congreso internacional, y la gravedad de los problemas que se proponen a vuestro estudio, nos han llevado a derogar, para recibirlos, la regla que Nos nos impusimos, muy a pesar nuestro, de limitar, e incluso de suprimir de ordinario, nuestros discursos y nuestras alocuciones a lo largo del Año Santo. Pero esta vez Nos no podemos dejar de dar el apoyo de nuestra palabra al gran tema de vuestra reunión. Este tema es tan vasto como sugestivo: la prensa católica al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz.

2. Teniendo presente uno de los aspectos capitales de este servicio, Nos juzgarnos oportuno presentar a vuestras meditaciones algunos principios fundamentales relativos al papel de la prensa católica frente a la opinión pública. Es un hecho que la prensa se encuentra entre los principales factores que contribuyen a la formación y a la difusión de ésta.

Dicho este preámbulo, pasa el pontífice a definir la opinión pública, concepto que a mediados del siglo pasado estaba todavía, por así decir, en observación, y recién aparecían los primeros ensayos cortos y libros sobre el área de las comunicaciones e informaciones, en el sentido tradicional del término, que se ocupaban parcial o totalmente de esa nueva materia, resultado de la influencia que las noticias transmitidas por los medios de comunicación –diarios, revistas y emisoras de radio principalmente– en las comunidades de personas, en los pueblos y naciones.

3. La opinión pública es, en efecto, el patrimonio de toda sociedad normal compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados a la comunidad de la que forman parte. La opinión pública es en todas partes, en definitiva, el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea, de los sucesos y de la situación actual en sus espíritus y en sus juicios.

Las sociedades en 1950 tenían, cada una, su propia identidad cultural. La verdad del cristianismo que había sido la plataforma doctrinal del pensamiento de lo que hasta entonces se llamó civilización occidental y cristiana: Europa del Oeste, las tres Américas, las viejas poblaciones de Asia ganadas a la Iglesia por los apóstoles y tantos lugares de misión. Esta civilización hacía posible la doctrina cristiana, la identidad cultural de cada pueblo y el flujo libre de corrientes de pensamiento, que ordinariamente eran analizadas por intelectuales y catedráticos. En ese ambiente de libertad, la opinión pública reflejaba esa realidad, porque era el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea, de los sucesos y de la situación actual en sus espíritus y en sus juicios.

Ahora bien, no olvidaba Pío XII el extenso influjo del comunismo en los países dominados por la URSS. Sabía por experiencia propia que los militantes de ese partido totalitario no respetaban los derechos humanos. Siendo Nuncio en Múnich, había visto desfilar a bandas de milicianos de la guardia roja, atentando contra el arzobispo de la diócesis, rompiendo la puerta de la nunciatura, apropiándose del auto del embajador del Vaticano, y... fusilando a treinta personalidades alemanas que tenían de rehenes, en una revuelta callejera que nunca olvidará (Serrou, 1996, p. 72 y ss.). Entre el intento de revolución comunista y el asalto paulatino del poder de Adolfo Hitler, la conciencia de cómo los totalitarismos callan a las poblaciones provocando temor está presente en el recuerdo del papa.

4. Allí donde no apareciera manifestación alguna de la opinión pública, allí, sobre todo, donde hubiera que registrar su real inexistencia, sea la que sea la razón con que se explique su mutismo o su ausencia, se debería ver un vicio, una enfermedad, un mal de la vida social.

5. Dejarnos aparte, evidentemente, el caso en que la opinión pública se calla en un mundo de donde incluso la justa libertad está desterrada y donde, sola, la opinión de los partidos en el poder, la opinión de los jefes o de los dictadores, está autorizada a dejar oír su voz. Ahogar la voz de los ciudadanos, reducirla a un silencio forzado, es a los ojos de todo cristiano un atentado contra el derecho natural del hombre, una violación del orden del mundo tal como Dios lo ha establecido.

También tiene presente Pío XII que los partidos comunistas en el llamado mundo libre en 1950, ya que contaban con un caudal importante de afiliados y de votos. En Francia e Italia, por ejemplo, ponen en riesgo las democracias parlamentarias de esos países. Los periodistas son de alguna manera los profesionales que deben alertar a las poblaciones con las noticias de los sucesos y la gravedad de las ideologías que atentan contra las libertades ciudadanas.

6. ¿Quién no adivina las angustias, el desorden moral a que este estado de cosas lanza la conciencia de los hombres de la prensa? En verdad, Nos había-

mos esperado que las experiencias demasiado duras del pasado habrían servido, al menos, como lección para librar definitivamente a la sociedad de una tiranía tan escandalosa y acabar con un ultraje tan humillante para los periodistas y para sus lectores. Sí, Nos lo habíamos esperado no menos vivamente que vosotros, y nuestra decepción no ha sido menos amarga que la vuestra.

7. ¡Situación lamentable! Tan deplorable y tal vez más funesta todavía por sus consecuencias es la de los pueblos donde la opinión pública permanece muda, no por haber sido amordazada por una fuerza exterior, sino porque le faltan aquellos presupuestos interiores que deben hallarse en todos los hombres que viven en comunidad.

La visión profética del papa se advierte en las últimas palabras de estos párrafos, cuando lamenta que los periodistas sientan su voz amordazada, no por una fuerza exterior, sino porque le faltan aquellos presupuestos interiores que deben hallarse en todos los hombres que viven en comunidad; es decir, la valentía de afrontar las consecuencias de decir la verdad. Pasados setenta años de las palabras papales, el desafío viene de la llamada posverdad, tantas veces mediante megarelatos (Lyotard, 2014). La postverdad está construida por ideologías para sobreponerse a la verdad, oscureciéndola, dando luz en cambio a objetivos subjetivamente validados como útiles para la sociedad, pero tantas veces dañinos.

El filósofo peruano Martín Montoya, profesor de historia de la filosofía contemporánea de la Universidad de Navarra, observa que «sabemos que la posverdad se encuentra en el extremo opuesto a la honestidad, muy cercana a la mentira. Observando las consecuencias inmediatas de ella, vemos que la época de la posverdad ha dado paso a una fragilidad de la confianza en la sociedad y el discurso público. La posverdad ha generado posveracidad, y este es el nuevo fenómeno al que nos enfrentamos en la actualidad. Keyes² lo explica bien en su libro *The Post-Truth Era* (2004) al afirmar que la desconfianza ante el potencial ocultamiento de la verdad hace que los discursos, personales o públicos, se vuelvan cada vez menos creíbles, no por el contenido transmitido –que puede ser cierto, e incluso científicamente demostrado–, sino porque se espera que sirvan a un fin oculto, que no es el deseado por el receptor del mensaje».

«En la nueva era de la posveracidad la atención del oyente estaría más en aquello que no se dice explícitamente, en un intento por desvelar las intenciones de la persona que transmite el mensaje. Podríamos decir que esta nueva era se origina en un fenómeno psicológico que se da en el oyente, derivado de vivir en la era de la posverdad: la actitud de restarle crédito o veracidad al discurso sin prestar suficiente atención al contenido de este».

² Ralph Keyes es el primero en describir la era de la post-verdad, en el libro citado *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life*, St. Martin's Press, New York, 2004.

«Para algunos de los que hemos seguido los eventos relacionados con la posverdad en los últimos años, las interpretaciones de Keyes parecen ser muy correctas. No quiero referirme a ningún pretendido engaño en los discursos de los personajes públicos, aunque sí pudieran darse muchos casos. Hablo aquí de la actitud y disposición de quienes recibimos el mensaje, es decir, de lo que nos corresponde como oyentes y posibles practicantes de la posveracidad. Esto es importante porque la determinación de nuestra participación al conjunto social deriva de nuestras interpretaciones de los discursos, políticos, sociales o interpersonales. La posveracidad no es menos perjudicial que la manipulación de la verdad que ha podido producir la “era de la posverdad”, sino que puede potenciarla hasta más allá de límites insospechados».

«¿Pero todo lo ocurrido tiene realmente alguna relación con el ámbito personal? ¿No nos excede? ¿Acaso el ámbito político no está demasiado lejos de nuestras propias decisiones personales? Puede parecer que la determinación de la participación personal carece de importancia en un proceso social en el que existen miles de factores. Esta idea puede verse potenciada si pensamos que los votos que establecen el último resultado son lo único valioso. Esto llevaría a concluir que nuestro aporte no es significativo. Pero el problema de la posveracidad no es un asunto sólo de resultados electorales, sino de cómo se ha recorrido el camino hasta llegar a tales resultados. No es cuestión de que gane una u otra postura. Es un tema de la honestidad con la que se hacen las cosas, y eso compete de algún modo a todos los que conformamos la sociedad» (Montoya, 2019). Pío XII se ocupa a continuación de lo que ocurre si el eco natural se distorsiona:

8. Nos reconocemos en la opinión pública un eco natural, una resonancia común, más o menos espontánea, de los hechos y de las circunstancias en el espíritu y en los juicios de las personas que se sienten responsables y estrechamente ligadas a la suerte de su comunidad. Nuestras palabras indican así otras tantas razones por las cuales la opinión pública se forma y se expresa tan difícilmente. Lo que hoy día se llama opinión pública no es muchas veces más que el nombre, un nombre vacío de sentido, algo como un vago rumor, una impresión artificiosa y superficial; nada de un eco espontáneo despertado en la conciencia de la sociedad y dimanante de ésta.

Ya no solamente los diarios, revistas y emisoras de radio, sino la televisión, y el inmenso mundo de la información virtual, gracias a las tecnologías modernas de la información, han hecho imposible que cada individuo, por sí solo, pueda acoger, asimilar y sacar conclusiones claras de los innumerables mensajes que recibe. Los periodistas, como profesionales de la noticia, han sido acompañados en las universidades que forman a las nuevas generaciones de profesionales de esta carrera gracias a un concepto más amplio, el de comunicadores, que hace que en la facultad de comunicación se forjen

profesionales que se subdividen en especialidades (*marketing, relaciones públicas, comunicación empresarial, relaciones públicas, investigadores en los servicios de inteligencia, etc.*), con el fin de abarcar los retos diferentes que tiene la ciudadanía frente a lo que está sucediendo, lo que se está pensando para el futuro, y el porvenir que espera a una humanidad apenas conocedora de la evolución de las ideas y de los hechos. Ya un solo profesional no abarca el cuadro de tantos aspectos que van y vienen entre unos y otros, en los medios de comunicación social. Por tanto, se requiere de equipos de profesionales para lanzarse a la caza de la verdad.

Dejemos de lado la temática jurídica del papel que corresponde a las autoridades políticas en la armonía que se requiere entre las libertades de pensamiento, expresión y prensa, de un lado, y la regulación hacia el bien común de las empresas de los medios de comunicación social. Tomemos algunos temas de importancia mundial que han sido objeto de polémica, por afectar al conocimiento compartido por culturas y civilizaciones, a causa de propuestas extrañas, por decir lo menos.

1. Nuevo orden mundial. El Club Bilderberg, en sus reuniones anuales a finales de mayo de 2018 y 2019, puso en agenda la implementación de un nuevo orden mundial. En paralelo, *The United World Federalist*, desde hace décadas, tiene como propósito final organizar un nuevo orden mundial, independientemente de las naciones, de los organismos internacionales como la Unión Europea, e inclusive de las Naciones Unidas y de los organismos especializados teóricamente encaminado a salvaguardar la paz mundial. En 2015, las Naciones Unidas publicaron la *Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible*, un documento clave para imponer una autoridad mundial en materia medioambiental. Se suma a todo ello los propósitos del Foro de Sao Paulo, evidenciados en la Declaración de la Regional Sur (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Paraguay) del 23 de abril de 2020, que tuvo como segundo tema la profundización de la ofensiva de EE. UU. en el continente americano, valiéndose de bloqueos y otras sanciones unilaterales; su injerencia en asuntos internos de otros países y la constante amenaza de guerra.

2. Control de natalidad. El presidente Theodore Roosevelt dijo en 1912: «Pienso que la asimilación de los países latinoamericanos a los Estados Unidos será larga y difícil mientras esos países sigan siendo católicos». El presidente Lyndon Johnson afirmó el 25 de junio de 1965, en la Asamblea de las Naciones Unidas: «Cinco dólares invertidos contra el crecimiento de la población son equivalentes a cien dólares invertidos para el crecimiento económico». Nelson A. Rockefeller sostuvo en 1969 que, tras el Concilio Vaticano II: «la Iglesia católica ha dejado de ser un aliado de confianza para Estados Unidos y la garantía de estabilidad social en el continente», por lo que insistía en «la necesidad de sustituir a los católicos por otros cristianos en América Latina». Robert McNamara, en su discurso ante la Junta de

Gobernadores, en Copenhague afirmó: «El obstáculo mayor y más importante al avance económico y social de la mayoría de los pueblos del mundo subdesarrollado [...] es el crecimiento desenfrenado de la población [...] La amenaza que representa la explosión demográfica es similar a la de la guerra nuclear». De otro lado, la encíclica de san Pablo VI *Humanae Vitae* publicada el 25 de julio de 1968 fijaba la doctrina cristiana sobre la defensa de la vida y del matrimonio.

3. Ideología de género. La claridad del pensamiento nos lleva a concluir que hombre y mujer son diferentes, pero pertenecen al mismo género humano, tienen por tanto iguales derechos, y esos derechos son naturales y universales en tiempo y lugar. Nos referimos a la igualdad y no al empoderamiento, que lleva implícita la noción de conflicto. El tema del género es actualmente el punto de partida de una imposición ideológica que deja de lado la igualdad esencial entre el hombre y la mujer, pero que también pasa por alto la primacía de la realidad. En la categoría sexual el hombre y la mujer se definen biológicamente y su relación se entiende dentro del orden natural; lo que no es razonable es el encajonamiento arbitrario en una identidad que se pretende imponer a los demás. La autopercepción es un constructo personal, un autoengaño que disfraza el deseo y lo convierte en identidad de género. En el clima de posverdad fácilmente se hace pasar por verdad lo que no lo es y la disidencia no es admitida. Al final, la ideología de género, más aún, tornada en un chip mental desde la escuela, se convierte en totalitarismo de género.

4. Pandemia COVID-19. Periodistas de Francia, Alemania, Italia, Reino Unido y España han elaborado hasta 645 artículos de otros tantos rumores o errores relacionados con la COVID-19, los remedios para su curación o las teorías conspiratorias sobre su origen. Médicos italianos hicieron autopsias de cadáveres de pacientes de COVID-19, contra la sugerencia de la Organización Mundial de la Salud (OMS), que desaconsejaba esa práctica y encontraron datos científicos de los que no se había hablado hasta entonces. Médicos de América Latina (por ejemplo, María Eugenia Barrientos, de El Salvador), independientes de los protocolos de la OMS, por su cuenta, apostaron con éxito a medicamentos comunes y de bajo costo en los tratamientos de estos enfermos, medicamentos que igualmente eran desaconsejados por la OMS. Y 200 epidemiólogos de 32 países afirmaron en carta a la OMS que el coronavirus se transmite por el aire, lo que dicho organismo no había dicho. Frente a tanta confusión, Jerónimo Pimentel, director de la conocida editorial Penguin Random House, anunció la salida de una colección de *instant books* para abordar la pandemia desde diversos frentes (Coronashock: ¿cómo reactivar la economía, A ciencia cierta: miradas científicas para entender la pandemia, Afrontar el desastre: reflexiones sobre la pandemia en la sociedad peruana, Infodemia, verdades y mentiras en tiempos de pandemia, Reinvéntate: 12 herramientas para renovar tu empresa y tu vida) (Goya, 2020, p. 7).

5. Intolerancia. El pensamiento único (Ansorena, 2020) se expresa de diversas maneras. Un ejemplo es la reacción en los Estados Unidos y en el mundo de la defensa de la igualdad de personas en función de la etnia. El estallido de protestas fue provocado por el movimiento social autodenominado *Black lives matter* a raíz de la muerte de un ciudadano afroamericano (George Floyd) a manos de un policía blanco de Mineápolis, detenido por varios policías por haber pagado con un billete falso en una tienda de comestibles. A la vista de la clara manipulación de las protestas callejeras más de 150 artistas y escritores (Margaret Atwood y Salman Rushdie, Noam Chomsky y Francis Fukuyama, etc.) firmaron una carta abierta contra la intolerancia publicada por la revista *Harper's*, a la que se sumaron otras personas, como el novelista español Javier Cercas. La polémica se agigantó cuando en los razonamientos de ida y vuelta algunas celebridades que se habían adherido a la carta retiraron su firma, creando confusión sobre el acierto o no de lo afirmado en la epístola. Richard Kim, director ejecutivo de Huffpost, declaró: «No firmé la carta cuando me lo pidieron hace nueve días porque pude ver en 90 segundos que era una vanidosa tontería que sencillamente iba a enfadar a la gente a la que supuestamente quería apelar».

Al poner estos casos emblemáticos de manera sucinta, dejamos apenas constancia del inmenso aporte que las universidades pueden brindar al mundo en este campo, gracias a la investigación sobre cómo darle brillo a la verdad en los centros de estudio, los medios de comunicación y la ciudadanía, para defender una opinión pública sana.

Sabemos por simple observación a ojo de pájaro que los ataques más frecuentes que sufre la sociedad humana en el siglo XXI están encaminados a destruir el matrimonio y la familia; la identidad y soberanía de los pueblos; y el sentido trascendente de la existencia, para vivir como si Dios no existiera³.

Sobre la destrucción de la familia citemos este comentario: «El mismo Marx había planeado como estrategia para alcanzar esa meta “Críticamente y revolucionar prácticamente” a la familia; es decir, deshacerla, a fin de borrar toda semejanza entre la sociedad terrena y el orden jerárquico puesto por Dios en el universo, y de esa forma establecer un estado de cosas caótico y ateo».

Sobre la identidad y soberanía de los pueblos es significativa la siguiente afirmación de Robert S. Mc Namara: «El país que lograra reducir su crecimiento demográfico aumentaría su nivel de vida en un 40% en relación con el otro país en el curso de una generación». En otras palabras, pone una meta a lograr en todos los pueblos, desde su visión particular, sin otro fundamento que un simple cálculo que no considera los daños cualitativos de la medida.

³ Expresión usada por Hugo Grocio, Dietrich Bonhoeffer y Joseph Ratzinger.

Sobre el sentido trascendente de la existencia, es valioso el comentario de la filósofa francesa Thérèse Delpech, en su obra *El retorno a la barbarie en el siglo XXI* anota que «El caos intelectual y espiritual, perceptible por doquier, tiene sus raíces en la agitación de las sociedades sin puntos de referencia, en el resultante tedio, en la destrucción de la esperanza en el porvenir, en el fin de la confianza en el espíritu. Se trata de una realidad mundial [...]. El único mensaje claro que lanzó la enorme y abigarrada multitud concentrada en Roma en abril de 2005 en el funeral de Juan Pablo II, fue del hambre espiritual. Este papa captó el rasgo distintivo de la humanidad en los albores del siglo XXI, en todas las regiones del mundo y, de ese modo, tocó una fibra sensible en las conciencias».

Hace setenta años, ya advertía Pío XII la llegada de esta ola de materialismo que empapaba a la humanidad.

9. Pero ¿dónde encontrar a estos hombres profundamente penetrados del sentimiento de su responsabilidad y de su estrecha solidaridad con el medio en que viven? Ya no hay tradiciones, ni hogar estable, ni seguridad de la vida, ni nada de todo lo que hubiera podido mantener a raya la obra de la disgregación y, con demasiada frecuencia, de la destrucción. Añadid el abuso de las fuerzas de las organizaciones gigantescas de masas que, encadenando al hombre moderno en su complicado engranaje, ahogan a sangre fría toda la espontaneidad de la opinión pública y la reducen a un conformismo ciego y dócil de ideas y de juicios.

10. ¿No habrá, pues, ya en estas desgraciadas naciones hombres dignos de este nombre? ¿Hombres marcados con el sello de una verdadera personalidad, capaces de hacer posible la vida interior de la sociedad? ¿Hombres que, a la luz de los principios centrales de la vida, a la luz de sus fuertes convicciones, sepan contemplar a Dios, el mundo y todos los sucesos, grandes o pequeños, que en él se suceden? Estos hombres, al parecer, gracias a la rectitud de su juicio y de sus sentimientos, deberían poder edificar, piedra a piedra, la sólida pared sobre la cual la voz de estos sucesos, al chocar, se reflejada en un eco espontáneo. ¡Sin duda alguna hay todavía hombres de este temple, aunque, por desgracia, poco numerosos, y cada día más escasos, a medida que se ven suplantados por sujetos escépticos, hastiados, despreocupados, sin consistencia ni carácter, fácilmente manejados por algunos «hacedores del juego»!

La desinformación se inició con oficinas de los servicios de inteligencia de las grandes potencias, en la guerra -caliente y fría- del siglo XX, bajo el siempre maquiavélico criterio de que el fin justifica los medios. En esa línea no deja de ser interesantes las revelaciones de David Alandete en su libro *Fake news: la nueva arma de destrucción masiva: cómo se utilizan las noticias falsas y los hechos alternativos para desestabilizar la democracia*, revela el carácter cada vez más estratégico que tienen para las potencias en sus presupuestos

de defensa la buena financiación que facilita la propagación de *fake news* en el mundo, así como medios de comunicación promovidos desde gobiernos autoritarios, que consiguen tener una fuerte presencia en las redes sociales internacionales.

El cardenal Joseph Ratzinger ha dicho, hablando de la libertad de las conciencias de los hombres, que «como es natural, la conciencia en su funcionamiento es algo vivo. De ahí que pueda atrofiarse o madurar en el individuo. Es innegable que el funcionamiento concreto también viene determinado por las realidades sociales que nos rodean. El entorno social ofrece las ayudas para que se despierte y se conforme, pero también los peligros que la embotan o le señalan una dirección equivocada capaz de generar una falsa conciencia, por así decirlo, ya sea escrupulosa, ya sea laxa».

Llegada la relativa paz que trajo la caída del Muro de Berlín, la desaparición de la URSS y el desencanto de los comunistas del mundo libre, la desinformación responde a la nueva conformación de las ideologías. La lucha en los medios de comunicación, lejos de disiparse, se ha hecho más densa, en lo que se refiere a la desinformación.

La enciclopedia libre Wikipedia, por citar el lugar más consultado hoy día, expone que las noticias falsas (*fake news*) consisten «en un contenido pseudoperiodístico difundido a través de portales de noticias, prensa escrita, radio, televisión y redes sociales y cuyo objetivo es la desinformación. Se diseñan y emiten con la intención deliberada de engañar, inducir a error, manipular decisiones personales, desprestigiar o enaltecer a una institución, entidad o persona u obtener ganancias económicas o rédito político. Al presentar hechos falsos como si fueran reales, son consideradas una amenaza a la credibilidad de los medios serios y los periodistas profesionales, a la vez que un desafío para el público receptor».

11. El hombre moderno adopta gustoso posturas independientes y desenvueltas. Estas no son, la mayoría de las veces, sino una fachada detrás de la cual se esconden pobres seres, vacíos, inconsistentes, sin fuerza de espíritu para desenmascarar la mentira, sin fuerza en el alma para resistir la violencia de los que con habilidad saben poner en movimiento todos los resortes de la técnica moderna, todo el arte refinado de la persuasión para despojarlos de su libertad de pensamiento y hacerlos semejantes a las frágiles «cañas agitadas por el viento» (Mt 11,7).

Era preocupación de san Juan Pablo II la confusión existente en la opinión pública internacional, lo que le movió a escribir la encíclica *Veritatis Splendor*, en la que anota: «En algunas corrientes del pensamiento moderno se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores. En esta dirección se orientan las doctrinas que desconocen el sentido de lo trascendente o las que son explícitamente ateas. Se han atribuido a la conciencia individual las prerrogativas

de una instancia suprema del juicio moral, que decide categórica e infaliblemente sobre el bien y el mal. Al presupuesto de que se debe seguir la propia conciencia se ha añadido indebidamente la afirmación de que el juicio moral es verdadero por el hecho mismo de que proviene de la conciencia. Pero, de este modo, ha desaparecido la necesaria exigencia de verdad en aras de un criterio de sinceridad, de autenticidad, de “acuerdo con uno mismo”, de tal forma que se ha llegado a una concepción radicalmente subjetivista del juicio moral».

«Como se puede comprender inmediatamente, no es ajena a esta evolución la crisis en torno a la verdad. Abandonada la idea de una verdad universal sobre el bien, que la razón humana puede conocer, ha cambiado también inevitablemente la concepción misma de la conciencia: a ésta ya no se la considera en su realidad originaria, o sea, como acto de la inteligencia de la persona, que debe aplicar el conocimiento universal del bien en una determinada situación y expresar así un juicio sobre la conducta recta que hay que elegir aquí y ahora; sino que más bien se está orientado a conceder a la conciencia del individuo el privilegio de fijar, de modo autónomo, los criterios del bien y del mal, y actuar en consecuencia. Esta visión coincide con una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, diversa de la verdad de los demás. El individualismo, llevado a sus extremas consecuencias, desemboca en la negación de la idea misma de naturaleza humana».

«Estas diferentes concepciones están en la base de las corrientes de pensamiento que sostienen la antinomia entre ley moral y conciencia, entre naturaleza y libertad» (n. 32).

El abuso del ejercicio de la libertad en la difusión de opiniones, sustentadas mucho, poco o nada, en la verdad, ha hecho que el sincretismo religioso y el relativismo ideológico haya ocupado en el siglo XXI el primer lugar en la escala de la posverdad. Frente a esa realidad especulativa el periodista se debe abrir camino, primero formando bien su jerarquía de ideas, y segundo, aplicándolas en su trabajo profesional cotidiano.

12. ¿Se atrevería alguien a decir con seguridad que la mayoría de los hombres es apta para juzgar, para apreciar los hechos y las corrientes en su verdadero peso, de suerte que la opinión sea guiarla por la razón? Es ésta, sin embargo, una condición sine qua non de su valor y de su salud. ¿No se ve, en lugar de esto, cómo esta manera -la única legítima- de juzgar a los hombres y las cosas según reglas claras y justos principios es repudiada como un obstáculo de la espontaneidad, y cómo, por el contrario, el impulso y la reacción sensitivos del instinto y de la pasión son exaltados como los únicos «valores de la vida»? Bajo la acción de este prejuicio, lo que queda de la razón humana y de su fuerza de penetración en el profundo dédalo de la realidad es poca cosa. Los hombres de buen sentido no cuentan; quedan aquellos cuyo campo visual no se extiende más allá de su estrecha especialidad ni más arriba del

poder puramente técnico. No es de estos hombres de quienes se puede esperar ordinariamente la educación de la opinión pública ni la firmeza frente a la astuta propaganda que se arroga el privilegio de moderarla a su gusto. En este terreno, los hombres de espíritu cristiano, sencillo, recto, pero claro, aunque la mayor parte de las veces no tengan muchos estudios, son muy superiores a aquéllos.

13. Los hombres a quienes debería tocar la misión de esclarecer y guiar a la opinión pública se ven frecuentemente, los unos por su mala voluntad o por su insuficiencia, los otros por imposibilidad o por presión, en una mala postura para dedicarse a ello con libertad y con éxito.

San Josemaría Escrivá de Balaguer declaró en una entrevista que le hizo una revista universitaria: «Es difícil que haya verdadera convivencia donde falta verdadera información; y la información verdadera es aquella que no tiene miedo a la verdad y que no se deja llevar por motivos de medro, de falso prestigio, o de ventajas económicas» (Garrigó, 1969, n. 86).

Se lesiona la convivencia –y por ende la información que alimenta correctamente a la opinión pública– con el manejo de masas humanas.

Un hecho social marca la diferencia clara de los elementos que influyen en la opinión pública, con respeto al pasado: la realidad de las masas como concepto de grupos humanos de una sociedad mayormente urbana que se lanzan a la calle a crear opinión pública, en materias que pueden ir desde el culto público de la Eucaristía en procesión por las principales avenidas de la ciudad hasta el mal llamado orgullo gay LGBT (lesbianas, gay, bisexuales, transexuales) que desfila por las calles con las vestimentas más ridículas.

Una procesión eucarística puede ser una manera de manifestar pacíficamente un acto de adoración pública, que tendrá sin duda un valor de testimonio cristiano, ante el silencio de los diarios y la televisión. En cambio, no importa tanto lo que digan los medios de comunicación social convencionales, cuando los motores sociales de las ideologías nacidas del ambiente dominado por la ‘dictadura del relativismo’⁴, en feliz frase del cardenal Ratzinger, impondrán a gritos sus ideologías, vociferando la defensa de un ideal inmanente, acallando a la gente que mira con sorpresa, indiferencia o fastidio, desde los balcones o ventanas de sus casas, la ‘dictadura del pensamiento único’ conglomerado humano que camina por las calles.

La lesión a la opinión pública como un valor social ha ido desnaturalizando tanto, no el concepto, sino la realidad misma de una civilización que se ha quedado literalmente sin opinión pública, por lo que ya no se debía usar el término, como no fuera para plantearse el modo de ir a una nueva

⁴ Cfr. Misa *Pro eligendo pontifice*, homilía del cardenal Joseph Ratzinger, decano del Colegio Cardenalicio, Roma, 18 de abril de 2005.

cultura que dé a la sociedad la seguridad de que puede formarse en cada pueblo, de manera espontánea, como un patrimonio natural, una nueva verdadera opinión pública, sin las distorsiones que poco a poco la han ido deshilachando hasta hacerla añicos.

El periodista norteamericano Patrick Tyler escribió en *The New York Times* que, además de los Estados Unidos, podía haber una segunda superpotencia mundial, una vez caída la URSS: «La opinión pública mundial», como en efecto, está sucediendo, con la presencia ascendente de la China continental, en medio de la pandemia del COVID-19, como ya hemos visto. En el momento de escribir esta nota hay un debate en la opinión pública internacional, en el que destacan entre otros el filósofo surcoreano Byung-Chul Han y el filósofo español Daniel Innerarity Grau, sobre la responsabilidad que tiene China en el origen y en la propagación de la enfermedad del COVID-19 y sobre el futuro de las democracias y de los gobiernos puestos a prueba en la pandemia del coronavirus.

El discurso de Pío XII continúa, siempre interesante, centrado en el apostolado en la opinión pública por el periodista católico, materia que no es propia de esta nota. No quiero, sin embargo, acabar, sin recoger un párrafo del discurso, que está en el n. 21 y parece escrito en el siglo XXI:

Desde el momento, por el contrario, en que la pretendida opinión pública es dictada, impuesta, de grado o por fuerza; desde que las mentiras, los prejuicios parciales, los artificios del estilo, los efectos de voz y de gesto, la explotación del sentimiento, vienen a hacer ilusorio el justo derecho de los hombres a su propio juicio, a sus propias convicciones, entonces se crea una atmósfera pesada, malsana, ficticia, que, en el curso de los acontecimientos, de repente, tan fatalmente como los odiosos procedimientos químicos hoy día demasiado conocidos, sofoca o adormece a los mismos hombres y les obliga a exponer sus bienes y su sangre por la defensa y el triunfo de una causa falsa e injusta. En verdad, allí donde la opinión pública deja de funcionar libremente, allí es donde está en peligro la paz.

Referencias bibliográficas

Alandete, D. (2019). *Ake news: la nueva arma de destrucción masiva cómo se utilizan las noticias falsas y los hechos alternativos para desestabilizar la democracia*, Barcelona: Deusto.

Ansorena, J. (10 de julio de 2020). El hartazgo de los intelectuales de EE.UU. ante la dictadura del pensamiento único de la izquierda. ABC. Recuperado de https://www.abc.es/cultura/abci-hartazgo-intelectuales-eeuu-ante-dictadura-pensamiento-unico-izquierda-202007082056_noticia.html

Delpech, T. (2007). *El retorno a la barbarie en el siglo XXI*, Barcelona: El Ateneo.

- Garrigó, A. (1969). La universidad al servicio de la sociedad actual. En *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp.
- Goya, D. (09 de julio de 2020). Jerónimo Pimentel: Las personas están buscando libros prácticos. *El Comercio*, p. 7.
- Keyes, R. (2004). *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life*, New York: St. Martin's Press.
- Lyotard, J. F. (2014). *La condición postmoderna*, Madrid: Cátedra Teorema, 12.ª ed.
- Montoya, M. (2019). *Tras la posverdad. bienvenidos a la era de la posveracidad*, Lima.
- Pío XII (1950). *L'importance. Discurso sobre la prensa católica y la opinión pública*. AAS 42 (1950) 251-257, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1950/documents/hf_p-xii_spe_19500217_la-presse.html
- Ratzinger, J. (2005). *Pro eligendo pontifice*, homilía del cardenal Joseph Ratzinger, Roma: Decano del Colegio Cardenalicio.
- Serrou, R. (1996). *Pío XII el Papa Rey*, Madrid: Palabra.